

Servidores buenos y ejemplares

Nos reunimos, por segunda vez, en este amplio y acogedor salón del Obispado, para convivir unas horas con este grupo de hermanos y hermanas – los galardonados- que tienen, a su favor, notables méritos y un reconocimiento por los mismos. No hablamos de recompensa, porque ésta la ofrecerá el Señor a cada uno en su momento. “Somos obreros de Dios, afirma San Agustín, el templo está todavía en construcción”¹.

- Estos hermanos y hermanas nuestros, 13 este año, **han sabido servir a la Iglesia**. Con una fe firme, con entrega generosa, con constancia duradera, con ejemplaridad! En Parroquias pequeñas y en Parroquias grandes. En tareas muy diversas. En sucesivos acompañamientos de Sacerdotes maduros y jóvenes.

- Lo vienen haciendo desde **hace muchos años**. En etapas difíciles y en otras más serenas, y por lo mismo más fáciles. Con espíritu de sacrificio siempre. Con verdadero amor.

“Verdadero sacrificio, sigue enseñando San Agustín, es toda obra que se hace con el fin de unirnos a Dios en santa compañía...”².

Compartir con ellos esta jornada de gratitud al Señor por sus vidas, duraderas, fecundas, laboriosas y ejemplares, es para la Diócesis un motivo de reconocimiento sincero y, repito, de estímulo alentador.

- Habéis vivido –pienso ahora en cada uno de los merecedores de la Insignia Pro Ecclesia Diocesana- **el amor a Dios y a los hermanos** en el sentido fijado por Jesús en el Evangelio y que nuestro querido Papa Benedicto XVI explica con fuerza persuasiva y convincente en primera persona:

“Consiste justamente en que, en Dios y con Dios, amo también a la persona que no me agrada o ni siquiera conozco. Esto sólo puede llevarse a cabo a partir del encuentro íntimo con Dios, un encuentro que se ha convertido en comunión de voluntad, llegando a implicar el sentimiento. Entonces aprendo a mirar a esta otra persona no ya sólo con mis ojos y sentimientos, sino desde la perspectiva de Jesucristo. Su amigo es mi amigo. Más allá de la apariencia exterior del otro descubro su anhelo interior de un gesto de amor, de atención, que no le hago llegar solamente a través de las organizaciones encargadas de ello, y aceptándolo tal vez por exigencias políticas. Al verlo con los ojos de Cristo, puedo dar al otro mucho más que cosas externas necesarias:

¹ Sermón 163,3.

² La Ciudad de Dios, 10,6.

puedo ofrecerle la mirada de amor que él necesita. En esto se manifiesta la imprescindible interacción entre amor a Dios y amor al prójimo, de la que habla con tanta insistencia la *Primera carta de Juan*. Si en mi vida falta completamente el contacto con Dios, podré ver siempre en el prójimo solamente al otro, sin conseguir reconocer en él la imagen divina. Por el contrario, si en mi vida omito del todo la atención al otro, queriendo ser sólo piadoso y cumplir con “mis deberes religiosos”, se marchita también la relación con Dios. Será únicamente una relación “correcta”, pero sin amor. Sólo mi disponibilidad para ayudar al prójimo, para manifestarle amor, me hace sensible también ante Dios. Sólo el servicio al prójimo abre mis ojos a lo que Dios hace por mí y a lo mucho que me ama. Los santos –pensemos por ejemplo en la beata Teresa de Calcuta- han adquirido su capacidad de amar al prójimo de manera siempre renovada gracias a su encuentro con el Señor eucarístico y, viceversa, este encuentro ha adquirido realismo y profundidad precisamente en su servicio a los demás.

Amor a Dios y amor al prójimo son inseparables, son un único mandamiento. Pero ambos viven del amor que viene de Dios, que nos ha amado primero. Así, pues, no se trata ya de un “mandamiento” externo que nos impone lo imposible, sino de una experiencia de amor nacida desde dentro, un amor que por su propia naturaleza ha de ser ulteriormente comunicado a otros. El amor crece a través del amor. El amor es “divino” porque proviene de Dios y a Dios nos une y, mediante este proceso unificador, nos transforma en un Nosotros, que supera nuestras divisiones y nos convierte en una sola cosa, hasta que al final Dios sea “todo para todos” (cf. 1 Cor 15,28)³.

¿Puede explicarse de mejor modo el verdadero amor a Dios y al prójimo, el amor a los hermanos de quienes, con Jesús como Cabeza formamos el Cristo total, que es la Iglesia? ¡Qué maravilla! Este amor es “divino” porque proviene de Dios y a Dios une, y mediante este proceso unificador, nos transforma en un Nosotros. En el nosotros que formamos los homenajeados y quienes les brindamos hoy el merecido tributo de respeto, admiración y cariño.

Gratitud muy sincera a la coral Barberá, así como a su Directora y a su Fundador. Nos están ofreciendo una selección muy cuidada de piezas religiosas y cantarán enseguida el Ave María de Jacobo Arcadelt para hacer presente entre nosotros a la Señora. Como canto final una Habanera popular “Ven, a la noche serena”.

Gratitud a todos y cada uno de los que estáis aquí esta tarde: seculares, vida consagrada, sacerdotes. He visto que a muchos os han presentado vuestros sacerdotes, a quienes habéis ayudado y atendido. En sintonía

³ *Deus caritas est*, 18.

perfecta con sus fieles: el progreso del rebaño encomendado es el gozo de sus pastores. Se palpa y se vive.

Un seminarista ha presentado el acto. Esto quiere decir que tendrá continuidad...

Cordialísima enhorabuena y largos años de vida para seguir siendo todos tan buenos hijos de la Iglesia Madre.

+ Rafael Palmero Ramos
Obispo de Orihuela-Alicante

Alicante, 21, noviembre, 2010